

# Economía y política en los ensayos de Jorge Cuesta

LOUIS PANABIÈRE

Las reivindicaciones fundamentalmente económicas suelen inscribirse dentro del contexto superestructural, en el proyecto ideológico mismo de la burguesía dominante y, en lugar de debilitar al adversario, terminan, aunque de manera indirecta, por traer agua a su molino ya que el sistema no es puesto en tela de juicio.

M. A. Macchiocchi,  
*Para Gramsci*

Actualmente, es fácil observar en todos lados y aun en algunos especialistas del marxismo una crítica del economicismo. Nicos Poulantzas escribe:

“Es fácil encontrar este anclaje de la teoría marxista en la práctica, recorriendo obras que, precisamente, dan ventaja a las nuevas formas de lucha impuestas por la crisis del capitalismo. Sobre este punto, el estallido de las ciencias humanas tradicionales va a la par con la renovación de la investigación marxista. Todas se alejan ahora del economicismo simplificador que había triunfado en la época estalinista y hacen hincapié en la complejidad de las relaciones entre la política y la ideología, así como en la cuestión central de la división social del trabajo.”<sup>1</sup>

Charles Bettelheim, en *Las luchas de clases en la URSS* (Seuil, Maspero, París, 1974) habla también del economicismo como de una tesis errónea que inhibe la actividad práctica de las masas. Ya Gramsci lo había denunciado en su tiempo. Pero en México, en 1930, este tipo de análisis estaba lejos de ser evidente y la planificación económica era el dogma central de la aplicación del marxismo. Sin embargo, Cuesta presintió este peligro y lo criticó en forma violenta. Supo darse cuenta del poder enajenante del dinero y de la dominación fetichista de las mercancías. En 1919, Luc-kács, en su discurso a los jóvenes trabajadores, había utilizado argumentos parecidos a los que retomaremos de Cuesta:

<sup>1</sup> Poulantzas, Nicos, “Marxisme: du ghetto à l’offensive”, en *Le Nouvel Observateur*, núm. 526, 9 de diciembre de 1974, París.

El objetivo final del socialismo es la abolición de la autonomía malsana e inmoral de la vida económica, el sometimiento de la producción al servicio de la humanidad, de las ideas humanas, de la cultura [...]. El reino de la libertad significa antes que nada la liberación del hombre de la dominación por la economía, por las leyes ciegas del mercado, por los valores de intercambio.<sup>2</sup>

Bajo la presión tiránica y autoritaria de un Estado cuyo poder se apoyaba en el progreso y el desarrollo materiales, Cuesta comprendió que era necesario asignar a la actividad económica su verdadera función de servidora y no de ama de la sociedad. El despegue económico de México se operaba a partir de un capitalismo de Estado que lo subordinaba todo al desarrollo, y ponía la técnica y los medios para gobernar al servicio de una ideología socialista, frecuentemente verbal, como el motor de un proyecto que aparentemente combatía, pero que de hecho imitaba.

Las homologías entre capitalismo y "socialismo económico" son hoy claramente denunciadas. En 1934, Cuesta ya había visto claramente que de conservarlas, una supuesta revolución no cambiaba nada, ya que el ser no se modificaba y en ambos casos la sociedad se veía sometida a un mismo fin: poseer. Entre la especulación económica, que consiste en ahorrar para comprar acciones en la bolsa, con el fin de revenderlas más caras, y el plan quinquenal, cuyo objetivo es invertir en la industria pesada dejando para más tarde la cosecha de los frutos, la equivalencia dejaba ver que en ambos casos reina el "tener". El gobierno mexicano sacrificaba todo a la producción, poniendo en marcha lo que Althusser llamó más tarde una "desviación espectacular del marxismo" tal y como había sucedido con el socialismo soviético, antes de Stalin y aún después, luego del xx Congreso: no se trataba sino de incrementar la producción a cualquier precio. El socialismo mexicano se había moldeado a partir del capitalismo europeo de 1860, con un sistema económico estrictamente inverso, es decir, en resumen, el mismo, simplemente afectado por un cambio de signo algebraico; de la misma manera en que, según Feuerbach, la teología no es más que una antropología invertida. Samuel Ramos, amigo de Cuesta, se opuso más tarde a este concepto, desaprobando el economicismo socialista:

El Materialismo histórico no toma en cuenta que la economía no es un hecho natural, sino que es parte integrante de la civilización, y por lo tanto una creación humana.<sup>3</sup>

Sin embargo, hay que subrayar que Cuesta fue de los primeros en denunciar este extravío de la doctrina socialista. En un artículo inédito, po-

<sup>2</sup> Citado por Lowith, Karl, *De Hegel a Nietzsche*, pp. 194-195.

<sup>3</sup> Ramos, Samuel, *Historia de la filosofía en México*, Imprenta Universitaria, México, 1943, p. 100.

siblemente escrito en 1930, mientras se llevaba a cabo la campaña anti-alcohólica, intitulado "Influencia económica de la campaña contra el alcoholismo", hizo notar el peligro que existe en querer producir a cualquier precio, induciendo así al consumo y de ahí a una forma de enajenación:

Trátase de limitar la necesidad a la que da satisfacción el consumo; pero esta necesidad no sólo ocurre en la solicitud del consumidor que reclama el producto, sino en la oferta del productor que sabe provocar, y crear muchas veces, por modos que no son lícitos con frecuencia, la utilidad que pide la demanda. No es el consumo únicamente el autor del proceso económico; ni la producción, por otro lado tampoco.<sup>4</sup>

Orientar una política por la producción económica, es desviar deliberadamente lo esencial de la política, con lo que se somete a los individuos al producto, a la pasividad; equivale a preparar la dictadura y amenazar la democracia. En un artículo no incluido en la edición de Capistrán y Schneider, Cuesta especifica y explica el alcance de esta amenaza del producto sobre la sociedad:

Las doctrinas irracionalistas, pretendiendo esquivar el peligro con que a sí mismas se amenazan, comienzan por declarar que el Estado no es un producto, no es una manifestación de la actividad política, sino que es el producto, la manifestación de una actividad social de otra especie, por ejemplo, la actividad económica.<sup>5</sup>

Lombardo Toledano había interpretado excesivamente, y sin matices, a los teóricos del socialismo; y se equivocaba, según Cuesta, al darle demasiada importancia al factor económico en la política. En 1933 escribió lo siguiente para justificar su apoyo a las instancias gubernamentales de producción y de planificación:

Desde hace un siglo, mucho antes de Karl Marx, el conde de Saint Simon había advertido la preponderancia del valor económico sobre los otros valores sociales.<sup>6</sup>

Cuesta no podía más que indignarse ante tales afirmaciones; él, que se había preocupado tanto en demostrar y en vivir la importancia constitutiva y liberadora que existe en desprenderse de la materia y del interés económico. Para él, la economía política debería ser radicalmente criticada, puesto que representaba la verdadera causa de la desposesión del cuerpo. Debería ser el blanco principal, ya que encarnaba la desposesión

<sup>4</sup> Cuesta, Jorge, *Influencia económica de la campaña contra el alcoholismo*, inédito (fragmento), Archivos Natalia Cuesta.

<sup>5</sup> Cuesta, Jorge, "La Muerte de la Democracia", en *El Nacional*, México, 4 de junio de 1936.

<sup>6</sup> Lombardo Toledano, Vicente, "Bases de la Reforma Universitaria", en *El Universal*, México, 20 de septiembre de 1933.

hecha sobre el cuerpo: no poseer más el ser, que se consagraba a la actividad productora. En esto, el mejor ejemplo de enajenación por la economía, en su opinión, no era la URSS, sino la política de consumo de los Estados Unidos de Norteamérica. Sólo esto podría servir para demostrar que su crítica no era partidista. Poner el acento en la política y la economía era para él igualmente condenable, tanto en el este como en el oeste, fuere cual fuere la doctrina que se evocase. Su análisis de la política estadounidense deja ver su objetividad en este terreno. El economismo estadounidense, punto extremo de un modelo de desarrollo, era para él antihumano. La fuerza económica le quita, por la seguridad que establece, toda poesía (léase toda creación, toda cultura, toda expresión individual) a un país:

Este mismo país (USA) ha visto perdida su poesía en el instante en que su moneda ha subido de valor en el cambio internacional.<sup>7</sup>

Para ser una broma, esta frase revela bien, sin embargo, el concepto de su autor, que desea preservar al hombre, sin que eso signifique que alabe la pobreza o el subdesarrollo. Los extremos son igualmente condenables. Los Estados Unidos, dueños de una civilización económica y material, representan para él el peor resultado de una soñada edad de oro donde el sueño se ha vuelto únicamente oro. El proyecto de los pioneros se extravió en la búsqueda única de la seguridad material, a fuerza de huirle a la inseguridad europea. Por consiguiente, se construyó un mundo seguro y "cómodo", donde la inteligencia ya no sirve para nada y se atrofia en el *time is money*, por el hecho de que no tiene ni que ejercitarse ni que oponerse al azar, a la incertidumbre ni a la incoherencia. El resultado es el enquistamiento en un nacionalismo productor estrecho y asegurador, estéril en el terreno de la cultura, ya que los estadounidenses no tienen que buscarse; se identifican con su producción:

Es evidente que la patria del nacionalismo son los Estados Unidos, como lo son de la dignificación de la incultura y la vulgaridad [...] Ninguna inseguridad política y por consecuencia, la función del espíritu es secundaria y superflua; la cultura innecesaria y ociosa.<sup>8</sup>

Los estadounidenses se encerraron en una especie de capullo económico, en lugar de acudir a la emergencia de las facultades humanas. Su política es una limitación timorata de un proyecto muy mezquino:

Los Estados Unidos han sido poblados por todos los tímidos de Europa, por todos los que tenían allá [en Europa] la política y el riesgo en horror. Construida su casa, ahora su ideal son las veladas domésticas (que complementa

<sup>7</sup> Cuesta, Jorge, *Poemas y Ensayos*, UNAM, p. 641.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 488.

la radio, cuyos *broadcasts* se han hecho, para tal fin, perfectamente inocuos, nacionales, espejos del mundo familiar, y no ventanas hacia lo desconocido [...]. Ya se logró una restricción artificial del mundo.<sup>9</sup>

La obsesión por la economía es una obsesión restrictiva, y aquí encontramos de nuevo la aversión de Cuesta hacia todo lo que limita el libre impulso del hombre hacia una expresión cada vez más completa. Para él, la abundancia no es un factor de realización del individuo. No será la amplitud actual de la sociedad de consumo la que vendrá a restarle razón. Pensamos que sería erróneo concluir que Cuesta se pronuncia por la miseria o por el desprendimiento total. Para combatir la exageración del poder económico que según él amenaza la libertad del hombre para realizarse mejor, emplea argumentos polémicos que hay que saber traducir y entender en su pensamiento.

Como es evidente, lo que Cuesta, hombre entusiasta, reprocha al economicismo, es su poder de enquistamiento. La búsqueda desesperada de la seguridad no es para él más que un tímido regreso a un seno protector. Una política esencialmente fundada en la economía tiene como mira asegurar, asumir el destino de los individuos que componen la sociedad, imponiéndoles modelos de expresión y de felicidad. Es todo lo contrario a un desprendimiento y, en el amplio sentido del término, a una revolución. El espíritu y el deseo del hombre no pueden más que atrofiarse dentro de la seguridad del bienestar económico considerado como absoluto:

Que exista en el país una inseguridad política es una condición natural, *ordinaria*. Lo *extraordinario* y realmente peligroso sería que no existiera y que viviésemos en un mundo tan seguro que pudiéramos prescindir de nuestra inteligencia y de nuestra capacidad de previsión.<sup>10</sup>

La meta del economicismo es abolir el deseo y sustituirlo por el del Estado. El dinero y los bienes materiales no lo son todo en la realización del hombre, y Cuesta se habría reconocido en los muros de 1968 en la Sorbona, donde podíamos leer: "la edad de oro era la edad donde el oro no existía". La riqueza no significa *todo* el placer ni *toda* la felicidad; y las necesidades materiales, si bien gobiernan a una sociedad, no pueden conducir más que a una actitud estática, bastante alejada del dinamismo de los valores del espíritu:

El dinero es un bien posible, un placer en potencia, una posibilidad de bienestar. Porque puede ser el dinero cualquier placer, lo parece todo. El dinero es la riqueza del tímido, del introvertido, del que encuentra poco placer en el placer y prefiere conservarlo perpetuamente futuro. Un país que estima el dinero por encima de los demás bienes es un país temeroso de la acción y

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 429.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 426.

amante del sueño, es un país sin voluntad y su acción la mueven sus necesidades en vez de moverlas sus designios.<sup>11</sup>

A pesar de las apariencias, los soñadores y los no realistas son para Cuesta los que amasan la verdadera acción, aquella que hace que los hombres se encarguen de su destino y que se ve paralizada. La obsesión económica es una decadencia:

Las épocas de administración, de felicidad y de economía dirigidas son las que habrían de significar un abandono de nuestro destino y una decadencia moral de la nación.<sup>12</sup>

Si bien representa un entumecimiento, un debilitamiento o un enquistamiento del hombre, la "economía" política para Cuesta es también un peligroso pretexto en la medida en que, bajo el estandarte de la independencia, liga ineludiblemente un Estado a una compleja red regida por un contexto mundial. La independencia económica es una trampa; no se obtiene jamás:

El aislamiento económico no se consigue nunca. "Dirigir la economía" —objeto de la política del plan— no tiene otro significado, para la política, que supeditarse a una tendencia económica cualquiera.<sup>13</sup>

La red de la economía mundial es paralizante. Si se quiere escapar de ella, se encierra uno forzosamente en un nacionalismo económico igualmente estéril. Cuesta se rebela contra esta forma de poder que el Estado mexicano empleaba con mucha fuerza en los años 30:

Uno de los aspectos más prominentes de esta incultura es el que se observa en el nacionalismo económico que nos ha invadido. Hace de su ignorancia una virtud; de su pobreza de relaciones exteriores un bien de su independencia nacional [...] El Nacionalismo económico es una neurosis nacional, es histérico; o, si lo traducimos en términos de Adler, incultura, ignorancia, incapacidad de pensar.<sup>14</sup>

Los dos primeros reproches que Cuesta dirige a la primacía de lo económico son entonces, por una parte, sacrificar el ser al tener, y por otra parte, el enquistamiento en una seguridad material que paraliza el impulso del hombre, limitando el objeto de su deseo a satisfacciones circunscritas a lo inmediato, y únicamente a un nivel material.

Pero no se detiene aquí. El economicismo es para él una desviación de la política que se vuelve peligrosa para la gestión social en la medida

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 425.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 622.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 535.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 428.

en que es, una vez más, una inversión de términos y de sentidos. Una política, si quiere ser la expresión de una sociedad civil, de los individuos, no debe someterlos a una expresión preconcebida; de lo contrario, se llega a una nueva forma de paternalismo y la revolución no sirvió entonces a la emancipación:

La economía dirigida es el paternalismo tradicional de nuestros regímenes gubernativos.<sup>15</sup>

Hacer política esencialmente en términos de economía equivale a un regreso a la estructura burguesa, puesto que la dirección económica es una forma estática del capitalismo burgués y representa una nueva traición hacia el espíritu revolucionario ya que su aplicación es conservadora.

En esta identificación de la política con la economía no es ésta la que se hace solidaria de aquella, sino precisamente lo contrario: es el Estado quien se hace solidario de las pérdidas de la clase capitalista [...] Como sucede, pues, en el individualismo económico, pero a la que se suma una tiranía política.<sup>16</sup>

Así, esta forma de política es aún más coercitiva que aquella contra la que se hizo la revolución, puesto que es una justificación del Plan que, como ya lo vimos, era una forma de dictadura. Sirve para establecer la autoridad absoluta de un sistema de dirección económica que está colocada bajo la tiranía de la necesidad, impuesta, si es necesario, con el fin de mantener a los individuos en la dependencia:

Es de esperarse que la política de plan no tarde en buscar su justificación en un peligro económico [...] Al fin se trasluce en este espíritu un intervencionismo, en el Estado, de *intereses económicos* o de clase; es decir, se trata, no de una "economía dirigida", sino de una política tiranizada [...] es un *nacionalismo económico* e interesado en que se esconde el contenido político de la nación.<sup>17</sup>

El error del gobierno "revolucionario" es el de creer, o de querer hacer creer, que una planificación económica de Estado equivale a la abolición de la propiedad privada. Existe una confusión también en este terreno, ya que la propiedad privada es un privilegio político que conviene abolir, y no un hecho económico al que baste con hacer pasar de una categoría a otra. En este último caso, no se trataría más que de una reforma, y no de una revolución. Inclusive pudimos observar después que los argumentos de Cuesta no carecían de fundamento, y que si las revoluciones se resuelven con un simple reformismo, es a menudo partiendo del privi-

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 621.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 536.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 533-534.

legio de la preocupación económica que termina por cubrir y por ahogar el impulso revolucionario de un movimiento político. A este respecto, Cuesta trató siempre de volver a poner las cosas en su lugar y de subrayar los verdaderos datos del problema:

El problema que plantea el socialismo es de orden político, y se propone resolverlo por medios económicos [...] Y no es lo mismo abolir la propiedad privada que abolir el privilegio político de la propiedad privada.<sup>18</sup>

Esta frase es en nuestra opinión extremadamente importante, ya que hace hincapié en la meta real de toda revolución, que termina por ser olvidada y sacrificada en favor de un simple deslizamiento de los privilegios.

Ciertamente, la revolución tiene como objetivo mejorar las condiciones económicas del hombre, pero, aun si admitimos que ese resultado fue alcanzado (cosa que no sucedió), es necesario convenir en que debe tener otra dimensión, más completa y de mayor alcance: la de modificar las estructuras de pensamiento que aportarán nuevos conceptos renovadores, incluso en el terreno de la economía. La revolución significa, más precisamente, para el individuo, la necesidad y el deseo de ver más allá del interés inmediato, la posibilidad de adelantarse y de superarse con el fin de enriquecerse con una existencia más plena. Así, más que en el desarrollo económico, es en el desarrollo cultural donde Cuesta hace énfasis en sus artículos. De hecho, se trata la mayor parte del tiempo de una defensa y de una promoción del desarrollo cultural, que se encuentra limitado y entorpecido, y aún a menudo, suprimido, por los apremios del despegue económico que, considerándolo todo, no aporta gran cosa al individuo, como si la revolución hubiese fracasado. El objetivo esencial es el de elevar al hombre y no el de someterlo a una nueva forma de aplastamiento. Si bien es cierto que el "tener" es necesario para la subsistencia del individuo, no es menos cierto que lo propio del hombre es darle un significado a la naturaleza por medio de la cultura, no para suprimir el elemento natural, sino para hacerlo más grande, para prolongar su existencia. Si sólo se hace énfasis en las preocupaciones económicas, en detrimento de lo que es "gratuito" en lo humano, éstas mutilan al hombre de una de sus facultades más exaltantes. Suprimir o sacrificar, en nombre de la economía y de un materialismo estrecho, la esfera de lo imaginario y de la fantasía, representa para Cuesta reducir al hombre a una muy triste ocupación:

Al señor Molotoff, combatir por una "ideología", es cosa que considera propia de la edad de las tinieblas, pero a nosotros nos merece respeto una fantasía literaria, y más cuando los hombres dan su vida por ella; y aún pensamos que hacerse matar por una "fantasía" es más propio de una edad civilizada que hacerse matar por una "realidad".<sup>19</sup>

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 598.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 314.

El economicismo, al confundir el *tener* con el *ser*, conduce al hombre a una regresión, donde “no es más que lo que es”:

En la esfera de la experiencia social, la economía no sale del orden de la naturaleza.<sup>20</sup>

Es por ello que, contra la política fundada en las preocupaciones económicas, Cuesta preconiza y defiende lo que él llama una “política de altura”. No hay que encontrar en este calificativo una connotación aristocrática; en su obra nada podría justificarlo. La “altura” que pide a la actividad política es precisamente la cualidad esencial del revolucionario, en el sentido de que “alce la cabeza” por encima del yugo que la mantiene en el suelo. La actividad política, si se quiere revolucionaria, debe ser dinámica; y para Cuesta, lo hemos dicho en repetidas ocasiones, el dinamismo es el hecho de la cultura, lo contrario de la pasividad, la posibilidad de la “creación”. Rebelarse es existir, como nos lo demostró Camus. Cuesta repitió igualmente que la pasividad engendrada por la dirección económica era precisamente lo contrario de la revolución. La “fe económica”, nueva religión de Estado, es un oscurantismo:

Si vamos al fondo de la “crisis de la democracia”, encontramos lo que significa en la realidad el poder anti-democrático, el poder fundado en la fe: significa el poder fundado en la pasividad política; como la verdad fundada en la fe significa la verdad fundada en la pasividad intelectual.<sup>21</sup>

La democracia, que es la conquista primordial de toda revolución, no puede ser mantenida si el individuo social es sometido a las conminaciones económicas. Por el contrario, la democracia es la posibilidad de la crítica, y ésta no puede ejercerse más que por la “altura” de una inteligencia sagaz y lúcida de cada uno, aplicada a los hechos sociales. La autoridad democrática es un constante replanteamiento de las instituciones, mientras que la institucionalización del México de los años 30 estaba hecha de exhortaciones económicas que no tenía caso discutir. El sufragio popular y el parlamento obedecían ciegamente la “ruta” trazada por el Estado. Éste es el “seguidismo” que Cuesta condena:

La autoridad democrática es una autoridad expuesta a la crítica; es una autoridad en investigación, a la que se niega una consagración terminante. Las instituciones democráticas por excelencia son la renovación y la crítica de la autoridad: el sufragio popular y el parlamento.<sup>22</sup>

En lugar de regresar a la naturaleza para explotarla y encerrarse dentro de los límites de sus producciones, haciendo de la economía un dogma,

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 618.

<sup>21</sup> Cuesta, Jorge, “La Muerte de la Democracia”, art. cit.

<sup>22</sup> *Ibid.*

la política debe ser un “método” de liberación de las presiones para llegar a una explicación más total del Universo, con el fin de que el hombre se sienta a sus anchas. Cuesta nos invita a una prefiguración de la cibernética:

El hombre quiere sentirse libre del riguroso método que con tanta tortura y lentitud le entregan las significaciones naturales, tan obvias, tan incompletas y tan fragmentarias, de las cosas, para abrazar de una vez todo el contenido del misterio, toda la mística significación de la realidad. La democracia es un “método de investigación” y no una concepción dogmática del estado.<sup>23</sup>

Acceder a un sentido superior, como en la poesía, como en la crítica literaria o artística: ése es el eje conceptual que se encuentra en el centro del pensamiento de Cuesta. He aquí por qué el dogmatismo económico y limitante no podía convenirle. La política no es un instrumento en manos del Estado; debe ser la posibilidad para el individuo de realizarse con toda conciencia; y la conciencia no está educada por los dogmas que lo sofocan ni por las órdenes terminantes que lo enajenan; es prolongada por el ejercicio constante de la libertad del pensamiento.

Indudablemente, si Cuesta opone al dogmatismo de la economía el impulso del pensamiento en la creación cultural como principio político, no significa que quiera despreciar o suprimir con el descaro de un “húsar” toda preocupación económica. Su meta es, evidentemente, darle a cada cosa el lugar que le corresponde. La economía es una actividad necesaria, pero debe permanecer como tal, es decir, como un medio y no como un fin. Ahora bien, enfatizándola esencialmente como proyecto estático, la planificación de la producción se transforma en ideal, en absoluto, y se alejan del hombre las posibilidades que hay de existir plenamente.

La concepción de la economía como un orden de la historia, como un orden de la cultura [...] esto es una concepción teológica [...]. El estudio económico no se aplica sino a señalar los límites de una acción o de un proceso que, aunque obedezcan a fines humanos, producidos históricamente, pertenecen a la experiencia natural. El estudio económico tiene que ver con los límites de los fines, pero no con los fines, y los fines y no los límites son históricos, humanos y culturales.<sup>24</sup>

Esta reflexión sobre la historia, cuya economía es un constituyente *entre otros* a menudo más importantes, es representativa del concepto de Cuesta cuando habla de la “política de altura”. Esta es la única manera para él de acceder a la historia y de intervenir en su curso para constituirse por ella.

Aquí volvemos a encontrar entonces, para concluir sobre el hecho eco-

<sup>23</sup> *Ibid.*

<sup>24</sup> Cuesta, Jorge, *Poemas y Ensayos*, ed. cit., p. 616.

nómico, un nuevo elemento de la lucidez de Cuesta. Por supuesto, abstengámonos de hacer de él un precursor o un profeta. Luckács y otros habían denunciado antes que él la amenaza que representaba para los Estados revolucionarios la obsesión de la economía y del desarrollo material a expensas de la formación de un pensamiento libre. Debemos acordar que encontramos un buen número de sus argumentos en análisis contemporáneos.

Sobre todo, en lo que concierne al perfil que intentamos trazar de su existencia, volvemos a encontrar la coherencia de una gestión de liberación por la inteligencia de las trabas de la materia absorbente. No se trata aquí, tampoco, de oponer un "idealismo" a un "materialismo"; ése sería el resultado de una lectura demasiado apresurada. Lo que debemos ver es una imperiosa necesidad de rigor y de conciencia crítica que quiere, por medio del análisis, devolverle a cada elemento de lo humano el lugar que le es propio para una mayor realización del yo. Cuesta se rebeló contra los abusos de la práctica de la economía, en la medida en que ésta, considerada como fin y como meta esencial, es un obstáculo para el verdadero pensamiento político, que significa creación y toma de conciencia de cada uno de su destino social.

*Traducción de Ginette Andre*